

Plays in Performance

Enrique Vargas: *El hilo de Ariadna (o la máquina de imaginar)*, Centro de la Investigación de la Imagen de la Universidad Nacional, Bogotá, Colombia, julio de 1992.

Esta producción fue montada por el Centro de la Investigación de la Imagen, en colaboración con otras dependencias de la universidad que trabajan en el seminario permanente sobre imagen sensorial. El Hueco (el sótano) del Auditorio de la Universidad Nacional, un espacio de 20 por 15 metros de largo y 2.50 metros de alto, con telas de 25 por 17 metros que crean el laberinto y la atmósfera de sueño, es donde ocurre la función. Es una experiencia inolvidable donde el espectador es a la vez protagonista. Hay veinte actores por cada espectador quien entra al recinto cada cuatro minutos para no colindar con otro de los espectadores en los diversos módulos. Los actores lo guían, tiernamente, por los espacios oscuros: túneles, encrucijadas, pasadizos mágicos. Con esta ruptura con el escenario convencional, el espectador/protagonista se ve forzado a utilizar los sentidos no usados en el teatro de sala: el olfato, el tacto y el gusto. Antes de entrar en el laberinto, Vargas mitiga las aprensiones de los espectadores y los alienta, diciéndoles que se dejen llevar, que como el de Ulises, deben desear que el viaje (duración de 30 minutos) sea largo y que no apresuren el regreso. Añade que el que se arriesga siempre pierde algo, pero el que no arriesga nada, lo pierde todo.

Aunque el temor a lo desconocido de cada encrucijada prevalece durante toda la trayectoria, las sensaciones de palpar cosas desconocidas, gustar sabores acres y oler aromas insondables aguza los sentidos y la curiosidad. Hay una regresión constante a la infancia, a recuerdos indelebles, a sonidos indefinibles. De un tobogán se pasa al laberinto sujetándose a una soga (el hilo conductor), luego a un juego con fuego y la imagen de uno en el espejo con la del Minotauro superpuesto ¿lo llevamos dentro de nosotros? ¿Esa es, tal vez, la intención de la experiencia? Confrontarnos con nuestros propios miedos interiores y salir del laberinto que nos aprisiona, el hilo de Ariadna que llevamos consigo. La confrontación con la muerte en un ataúd, produce inmensa paz dentro de un silencio sosegado, pues, nos sabemos rodeados de seres cálidos que vigilan y se

dan a nosotros. El despertar es como un renacimiento. El último guía nos amonesta: "No cuentes a nadie de lo que hiciste aquí." ¡Como si se pudieran explicar con palabras los sentimientos atávicos que nos sobrecogen! Salir al entorno exterior después de andar por estos vericuetos, es como despertar de un sueño arrollador del que no se quisiera salir.

Enrique Vargas estudió antropología en la Universidad de Michigan. De allí pasó a Nueva York a trabajar en el Teatro de La Mama donde trabajó en teatro de olores. Participó en los teatros callejeros en Harlem durante las protestas contra la guerra de Vietnam. Al volver a Colombia se asoció a la Universidad Nacional donde dirige el Centro de la Investigación de la Imagen Dramática. Entre sus montajes se incluyen *Romancero y su sombra*, basado en la leyenda del Conde Olinos, *Faustino Rinales* (Premio Nacional de Dramaturgia 1988), y *Sancocho de Cola*, basado en un cuento popular que Vargas es llevado a escena mediante la construcción de un pueblo en miniatura que va confeccionándolo a medida que narra la historia. Vargas ha participado en más de treinta festivales internacionales, entre ellos "EXPO-67 de Montreal, Cádiz, Lisboa, Manizales, México, Nueva York, etc. y ha ganado muchos premios por sus presentaciones.

Nora Eidelberg

Wesleyan College (Georgia)